

*Europa Central y «La cuestión checa»*

por Vladimír Nálevka  
(Universidad de Carolina de Praga)

Con la tolerancia necesaria ante una parábola artística se puede estar de acuerdo con lo que dijo el poeta polaco Czeslaw Milosz al caracterizar Europa Central como un conjunto indivisible del gótico, renacentismo y barroco. Desde el punto de vista geográfico, este espacio puede delimitarse, a grandes rasgos, con el Reno, el Vístula, el Báltico, los Alpes, el tramo central del Danubio y el macizo montañoso de los Cárpatos. Desde la Edad Media, la parte más grande de la región centroeuropea fue dominada por el Santo Imperio Romano que luego se transformó en la monarquía multinacional de los Habsburgo.

Su cohesión interna se fortaleció temporalmente cuando había que defenderla activamente contra la amenaza turca. La etnia que se imponía acentuadamente en la gama de las nacionalidades era la alemana cuya cultura influyó en todo el área con carácter duradero.

Desde finales del siglo XVIII, en Europa central tuvo lugar el proceso de formación de las naciones modernas que se manifestaba en la forma generalizada de movimientos nacionalistas. A diferencia del desarrollo ocurrido en el Oeste de Europa, donde las naciones modernas se fueron creando en el marco de los estados ya existentes y donde la Revolución Francesa unió la idea nacionalista a los principios de sociedad cívica, en los territorios al Este del Rin se impuso la concepción de la nación según Herder (1744-1803) que acentuaba el papel formativo de la lengua, cultura popular y tradiciones comunes<sup>1</sup>. Careciendo las etnias locales de sus propios estados o viviendo divididas entre una gran cantidad de formaciones dinásticas, el nacionalismo se convirtió en el signo determinante para cada comunidad enmarcada entre las comunidades vecinas. Eugen Lemberg, historiador alemán, opina que fue justamente el nacionalismo como sistema de ideas, valores específicos y normas morales quien daba la conciencia de colectividad a un determinado grupo social y lo convertía en la nación<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> H. Kohn, *Nationalism and Internationalism in the Nineteenth and Twentieth Centuries*. In: *Rapport I*, Wien, 1965, p. 191.

<sup>2</sup> E. Lemberg, *Der Nationalismus, I, II*. Hamburg, 1964.

El historiador checo Miroslav Hroch formuló recientemente una valiosa concepción del movimiento nacionalista que consiste en la estructura cronológica de tres fases mutuamente vinculadas. Lo que predomina en la primera es el interés científico por la lengua, historia, etnografía y literatura de la etnia respectiva. Luego sigue el período de la llamada agitación patriótica cuando numerosos representantes de los intelectuales tratan de convencer a las amplias capas de la población a favor de la idea de la nación. En esta etapa ya aparecen bases de un programa nacional así como organizaciones políticas consecuentes. La tercera fase, a su vez, transcurre en el período del movimiento de masas cuando la mayoría de la población en el determinado territorio étnico ya había tomado como suya la idea nacional<sup>3</sup>. Dicho modelo de Hroch es utilizable para la mayoría de las naciones sin igualdad de derechos u oprimidas de la Europa del Siglo XIX, difiriendo su aplicación solamente en cuanto a la colocación en el eje cronológico.

Pues fue en este contexto en el que se desarrolló también el movimiento social checo que luchó al mismo tiempo por la expresión política de su identidad nacional. La formación de la nación checa moderna tuvo lugar en medio de condiciones sociales relativamente favorables, existentes en la monarquía de los Habsburgo. El problema serio, sin embargo, era el paralelismo de dos movimientos nacionales: checo y alemán, el cual -en el territorio histórico de la Corona checa donde las dos etnias habían venido contactando y penetrándose desde el siglo XIII- tenían que desembocar en la confrontación que se acercaba sucesivamente.

«La cuestión checa» tenía hasta 1848 dimensiones eslavas y la primera generación de los patriotas (Josef Jungmann, 1733-1847; Ján Kollár, 1793-1852; Pavel Josef Safarik, 1795-1861) no sólo imponía la orientación ideológica a la Rusia zarista, sino también la unidad nacional de los checos y los eslovacos que sólo difícilmente resistían a presiones de la etnia húngara muy confiada en sí misma. En los años revolucionarios 1848 y 1849, no obstante, ya muchas personalidades checas y eslovacas (Karel Havlíček Borovský, 1821-1856; Ludovít Stúr, 1815-1856) abandonaron indudablemente la visión romántica de la gran comunidad eslava declarando la idea de la colectividad nacional checa y eslovaca.

Audaz para su época, la idea del filósofo y matemático praguense, Bernardo Bolzano (1781-1848) de crear «una nación política checa de las dos tribus lingüísticas del país», o sea, de los checos y los alemanes, no era factible. (Jan Patocka, 1907-1977, importante filósofo checo, volvió mucho más tarde a la alternativa bolzaniana). A saber, el movimiento nacional alemán se esforzaba por incluir la etnia checa en un todo más amplio alemán presentando Bohemia como uno de los países del Imperio alemán y considerando a los checos como una de las tribus del pueblo alemán cuyos esfuerzos emancipadores no debían alcanzar la esfera nacional-política.

El que se oponía a estos criterios muy enérgicamente era Frantisek Palacky

---

<sup>3</sup> M. Hroch, *Social preconditions of national revival in Europe*, Cambridge University Press, 1985.

Del mismo autor, *Evropská národní hnutí v. 19. Století*, Praga, 1986.

(1798-1876). En su respuesta enviada por escrito el 11 de abril de 1848 como reacción a la invitación de participar en las conversaciones sobre el congreso alemán constituyente celebradas en Francfort del Meno rechazó, por razones de principio, su asistencia. Sin negar el vínculo dinástico de otrora entre los soberanos checos y el Imperio, en su excelente estudio histórico sucinto consideró, sin embargo, como imposible la unión de las naciones checa y alemana en un estado nacional alemán<sup>4</sup>.

Por otro lado, sin embargo, Palacky era consciente del gran riesgo que implicaba la posición de las pequeñas naciones centroeuropeas en el área caliente entre Alemania en proceso de unificación y el hegemonismo ambicioso de Rusia. Su lugar inalienable en el enfrentamiento de intereses previsto tenía la monarquía de los Habsburgo como la única que podía respaldar las comunidades nacionales amenazadas de los checos, eslovacos, rusinos, polacos de Galicia, etc. Por esta razón, Palacky proclamaba en su concepción de austroslavismo la necesidad de continuación de Austria, a la cual veía, sin embargo, como una federación de naciones iguales en derechos del Centro y Sudeste de Europa. «En una asociación así no vemos solamente la salvación de nosotros mismos sino también la de la libertad, cultura y humanitarismo en general».

La justeza de los temores de Palacky se vió confirmada, entre otras cosas, también por el escepticismo públicamente declarado de Marx y Engels en lo que se refiere a la existencia de la nación checa a la que no daban ninguna esperanza de supervivencia debido a la esperada lucha ruso-alemana por Europa Central<sup>5</sup>.

La concepción de austroslavismo fracasó, no obstante, en el dualismo austro-húngaro. Sancionado el acuerdo con los húngaros en 1867 y habiéndose cumplido las reivindicaciones de su movimiento nacionalista fue negada, en realidad, la posibilidad de reorganización federalista de la monarquía austríaca. El dualismo significó también la omisión absoluta del derecho histórico estatal checo ya que en la Constitución de diciembre de 1867, el conjunto histórico del Reino Checo aparece disuelto en una formación nueva denominada «reinos y países representados en el Consejo del Imperio».

La idea fundamental del derecho histórico-estatal checo consistía en la tesis de que el estado medieval checo nunca había dejado de existir jurídicamente y de que sus fronteras resultaban ser una realidad histórica inmutable. En la política práctica, el requisito de aplicar el derecho estatal checo significaba el reconocimiento de la existencia ininterrumpida del estado checo, bien como parte de la federación austríaca, de un confederación, o bien en forma de unión personal.

En el último tercio del siglo XIX, sin embargo, la política checa cambió un poco de acento. En vez de federalismo étnico original, que no tomaba en cuenta las fronteras históricas, comprendiendo la monarquía como un conglomerado estatal integrado por conjuntos nacionales homogéneos, los políticos checos después de

<sup>4</sup> O. Urban, *Ceské a slovenské dejiny do r. 1918*, Praga, 1991, p. 162.

<sup>5</sup> Marx, Engels, Lenin, *K dejinám Československa a československého delnického hnutí, II*, Praga, 1963.

1867 lucharon porque predominase el criterio histórico-jurídico que pasaba por alto la cuestión nacional entendiendo los países de la Corona checa como formación estatal dentro de las fronteras históricas originales, incluyendo la fuerte etnia alemana. Para la representación de ésta, el citado criterio entonces resultaba inaceptable, sobre todo cuando a partir de 1871 pudo contar con el respaldo del Imperio alemán. La posibilidad de restauración y modernización eventual del estado histórico checo, aunque en el marco de la monarquía de los Habsburgo, fue rechazada totalmente por los alemanes residentes en los países checos. La población checa fue definida por los alemanes solamente como una comunidad cultural y no como una nación política original. Debido a esta resistencia, que tuvo repercusión también en Viena, la política checa no logró el reconocimiento de la nación checa en calidad de sujeto con facultades de formar un estado.

El sistema constitucional en la Cisleitania hizo, sin embargo, que por el otro lado el desarrollo económico y cultural de la nación checa recobrará vigor y que creciera gradualmente también la participación de los políticos checos en las actividades gubernamentales. No fue casual que en el último decenio los checos lograsen prácticamente todos los atributos de una nación moderna. La sociedad checa de entonces ya era una sociedad burguesa desarrollada, con la actividad política claramente estructurada, con una base económica fuerte y rica vida cultural y científica<sup>6</sup>.

La nación eslovaca se encontraba en una situación mucho más difícil porque la élite de poder húngara procedió rigurosamente con el objetivo de lograr la húngarización y no estaba dispuesta a tolerar que se desarrollara un programa nacional eslovaco. Debido a esta situación, una parte de la intelectualidad eslovaca, los llamados «hlasisté», vio el futuro de su pueblo en el vínculo estrecho con el pueblo checo (Vavro Srobár, 1867-1950; Pavel Blaho, 1867-1927).

En las postrimerías del siglo XIX, el Imperio austrohúngaro llegó a encontrarse en posición subordinada de la Alemania Imperial. En la Triple Alianza distaba mucho de llevar la batuta, entre los alemanes austríacos se extendía la idea de pangermanismo, y Viena no era capaz de contrarrestar la penetración hegemónica y económica de Alemania en el Centro y el Sudeste de Europa. En la nueva situación sucedió que la monarquía del Danubio fue relegada al antiguo papel del garante de la integridad de la región centroeuropea.

La mayoría de los políticos checos a pesar de todo siguió contando con los Habsburgo y no pensó en la creación de un estado independiente. El sistema constitucional y el extenso mercado interno de la monarquía todavía seguían brindando condiciones suficientemente favorables para la autorrealización de la nación checa.

El catedrático T.G. Masaryk (1850-1937), que se destacó por el enfoque crítico de muchos aspectos del pasado y presente checos, era adversario del radicalismo nacional y en los años noventa se expresó reiteradamente a favor de la

<sup>6</sup> O. Urban, *Ceská společnost, 1914-1918*, Praga, 1982.

preservación de la monarquía austrohúngara. En su libro «Cuestión checa» de 1894, subrayó, por ejemplo, que «la política checa no podía ser exitosa si no se guiaba por el interés verdadero por Austria». Al igual que Palacky, Masaryk, sin embargo, pedía la reestructuración interna de la monarquía a fin de crear una federación verdadera de todas las naciones del país<sup>7</sup>. Abandonó también los argumentos desprendidos de las tesis del derecho histórico y empezó a remitirse, sobre todo, a la teoría del derecho natural y a las libertades cívicas fundamentales.

Fue después de que estallara la Primera Guerra Mundial cuando se dió la transformación sustancial del escenario político centroeuropeo. La concepción alemana de Mitteleuropa degradó el Imperio austrohúngaro a nivel del mero satélite. Viena era incapaz de liberarse del aliado cada vez más autoritario. En la política interna fortaleció las presiones y la persecución de las naciones eslavas e intentó incluso, entre otras cosas, negar la existencia del estado checo. Una parte de la representación política se enfrentó a la presión del pangermanismo concretada también en el conocido «Programa de la Semana Santa» de 1915 (cancelación de las individualidades históricas existentes y constitución del Imperio Austríaco único) acentuando su fidelidad a la dinastía y al estado.

T.G. Masaryk tomó otra decisión. En el espíritu de su filosofía comprendía la guerra como un enfrentamiento de principio entre las fuerzas autocráticas y democráticas, como una gran crisis social y moral con todas las consecuencias indispensables. A finales de 1914 salió al exilio y se puso al frente de las actividades exteriores cuyo objetivo fue la destrucción del Imperio Austrohúngaro y la creación del estado independiente checo y, en perspectiva, también checoslovaco. Junto con Edvard Benes (1884-1948) y Milan Rastislav Stefánik (1880-1919) fundó en París «El Comité Extranjero Checo», que fue transformado en febrero de 1916 en «El Consejo Nacional Checoslovaco».

Ya en octubre de 1914 apareció, sin embargo, el primer documento programático: el memorándum titulado «El Futuro de Bohemia» elaborado sobre la base de las conversaciones con Masaryk, por el historiador británico R.W. Seton-Watson. Su contenido, en esencia, fue la proposición de constituir un nuevo conjunto estatal, compuesto de Bohemia, Moravia, Silesia austríaca y las regiones eslavas de Hungría. El memorándum fue entregado en noviembre de 1914 al Gobierno británico pero quedó sin repercusión<sup>8</sup>.

Con destino análogo se encontró también el extenso memorándum de Masaryk «Independent Bohemia» del mes de mayo de 1915 que estaba dirigido al ministro E. Grey. El proyectado estado checoslovaco debía ser monarquía constitucional y en cuanto a la delimitación territorial no difería en nada del anterior documento: Bohemia, Moravia y Silesia dentro de las fronteras históricas con posibles correccio-

<sup>7</sup> T.G. Masaryk, *Ceskaá otázka. Snahy a tuzby národiního obrození*, Praga, 1908.

J. Galandauer, *Vznik Československé republiky 1918. Programy, projekty, predpoklady*, Praga, 1988.

<sup>8</sup> J. Kovtun, *Masarykuv triumf. Privbeh konce velké války*, Toronto, 1987, p. 90.

nes en la línea entre Moravia y Austria. Los contornos preliminares de Eslovaquia se basaban en la línea divisoria original entre Hungría y Galicia, en el Sur fueron fijados artificialmente partiendo de los cauces del Danubio y el Ipel, al Este siguieron la frontera étnica húngaro-eslovaca, eventualmente, la rusino-eslovaca<sup>9</sup>.

En relación con el citado proyecto emancipador, Masaryk reflexionaba sobre la reorganización general de Europa central. En su conferencia pronunciada en 1915 en Londres presentó el programa político concreto para la reestructuración de la región centroeuropea bajo el título «Problemas de pequeñas naciones en la crisis europea». Más tarde volvió a este tema en el libro «Nueva Europa»<sup>10</sup>. En dicho libro Masaryk reavivó la concepción de estados nacionales de Herder. La monarquía de los Habsburgo debía ser sustituida por nuevos estados del centro y del Este de Europa, edificados sobre la base del principio de autodeterminación nacional. Los daños causados por la desintegración del espacio económico único debían ser minimizados con las eventuales agrupaciones federativas.

T.G. Masaryk se dirigió con su visión de la «nueva Europa» a la Entente pero ésta se mostraba sumamente reservada ante dichos proyectos. Sobre todo la Gran Bretaña consideraba el Imperio austrohúngaro como el pilar de la estabilidad geopolítica en Europa Central y no ocultaba su escepticismo para con el derecho de autodeterminación<sup>11</sup>. Aunque Masaryk y Benes siguieron insistiendo en demostrar que los estados sucesores constituirían una barrera mucho más eficaz contra el expansionismo alemán que el Imperio austrohúngaro, Londres no escatimaba esfuerzos por tratar de salvar la monarquía contando solamente con su separación radical del socio alemán dominante. Sólo bajo presión de la situación militar desfavorable en 1916 el Gobierno británico estuvo dispuesto a revisar su posición sostenida hasta entonces. La entente, en su respuesta del 19 de enero de 1917 a la pregunta del Presidente de EE.UU., Woodrow Wilson acerca de los objetivos militares, ya pidió, entre otras cosas, «liberación de los italianos, eslavos, rumanos y checoslovacos del dominio extranjero».

Se necesitó, sin embargo, más de un año para que la formulación arriba señalada recobrarla dimensiones concretas. A ello contribuyeron acontecimientos dramáticos -revolución en Rusia, entrada en la guerra de Estados Unidos, fracaso de los sondeos de paz y confirmación de la alianza germano-austríaca. La actuación militar exitosa de las Legiones checoslovacas fortaleció la posición de la resistencia exterior y la mayoría de la representación política nacional también se separó de Viena. El llamado Acuerdo de Pittsburg, concluido el 30 de mayo de 1918 entre los

<sup>9</sup> Momorándum «Independent Bohemia» reimprimió J. Galandauer en la citada obra, pp. 260-275.

K. Stloukal, *Ceskoslovensky stát v představách T.G. Masaryka za Válcy*, Praga, 1930.

<sup>10</sup> T.G. Masaryk, *Nová Evropa. Stanovisko solovanské*, Praga, 1920. J. Werstadt, *Od «ceské otázky» K «Nové Evrope»*. *Linie politického vyvoje Masarykova*, Praga, 1920.

<sup>11</sup> K.J. Calder, *Britain and the origins of the New Europe*, Cambridge, 1976.

H. Hanak, *Great Britain and Austria-Hungary in the First World War*, Oxford, 1962.

representantes checos y eslovacos de organizaciones de emigrantes en EE.UU., expresó la voluntad general de tener un estado común. El Consejo Nacional Checoslovaco fue reconocido «de iure» por el Gobierno francés en junio de 1918 y el 9 de agosto, la Gran Bretaña proclamó a «los checoslovacos como nación aliada». El mismo matiz lo tuvo también el reconocimiento diplomático por parte de Estados Unidos en septiembre de 1918. El día 28 de octubre de 1918 fue proclamada en Praga la independencia de Checoslovaquia. Dos días después se constituyó el Consejo Nacional Eslovaco y en la llamada Declaración de Martin el mismo abrazó la idea de la unidad estatal checoslovaca. A diferencia del propósito original, el territorio del nuevo estado se amplió en 1919 en Rusia Subcarpática que según la Constitución de 1920 era territorio autónomo. La decisión de la Conferencia de Paz fue más bien una solución de emergencia ya que las potencias triunfantes no pensaban ceder la citada región a la Rusia bolchevique y se negaban también a renovar su lazo histórico con Hungría.

El sistema de paz establecido en Versalles puso punto final a la I Guerra Mundial. El texto de los distintos acuerdos se veía demasiado marcado por el esfuerzo constante pero al mismo tiempo ilusorio de Francia por la eliminación duradera de Alemania de la política europea. La Rusia de los soviets se quedó totalmente inundada por sus propios problemas de modo que Francia pudo dedicarse a organizar el centro y el Este de Europa. Gran Bretaña temía, por un lado, «la balcanización» de ambas regiones pero, por el otro lado, en ese momento no quería correr el riesgo de una evidente ruptura con París. La acentuación final de los derrotados y los triunfadores abrió camino hacia un nuevo conflicto bélico. La lucha por la conservación o revisión del sistema de Versalles pasó a ser el eje del acontecer europeo en los años 1920-1939.

Los estados sucesores también distaban mucho del ideal de Masaryk de «nueva Europa». La paradoja fue el hecho de que los «estados nacionales» que acababan de constituirse nuevamente contenían numerosas minorías étnicas que representaban una cuarta parte o hasta un tercio de la población. (Alemanes, húngaros y rusinos en Checoslovaquia; ucranianos y alemanes en Polonia, etc.). Esta circunstancia contribuyó de modo significativo a la debilidad general de la Europa central de posguerra ya que los estados sucesores prácticamente libraron «una guerra privada» constante por sus fronteras y sus minorías nacionales.

En cuanto Alemania procedió al rescate de su posición de potencia, la seguridad e integridad de Europa central se vieron amenazadas de nuevo. Las potencias occidentales fueron saliendo gradualmente del área y la Pequeña Entente, es decir la agrupación militar-política de Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumanía, no era capaz de contrarrestar esta situación. Su punto flaco eran los vínculos internos débiles y el revisionismo territorial húngaro no resultaba ser suficientemente fuerte como aglutinante.

Checoslovaquia estaba siendo edificada como estado con la democracia parlamentaria representativa y conservó este carácter hasta 1938. La composición étnica de la república representaba, sin embargo, un problema serio. Ambas naciones, checa y eslovaca, que abrazaban la idea del estado común representaron, según el

censo de 1921, un 65,5% de la población de modo que el 34,5% era de otra nacionalidad. Desarrollada económica y culturalmente, la etnia alemana constituía el 23,5% de la población del nuevo estado. No estaba de acuerdo con su creación y nunca se identificó internamente con su existencia. En 1918 intentó incluso llevar a cabo la separación de las zonas germanoparlantes de Bohemia y Moravia y la integridad de la república tuvo que ser garantizada por fuerza militar. A pesar de que problemente Checoslovaquia realizara la política más liberal para con las minorías, la minoría alemana no dejaba de buscar lazos con las vecinas de Austria y Alemania. El triunfo del movimiento nazi en 1933 ofreció a los alemanes de los Sudetes una esperanza prometedora de ver realizados los anhelos nacionales aunque a costa de la destrucción de Checoslovaquia. Su contribución al desencadenamiento de la crisis europea en 1938 es indiscutible. A mediados de los años 30 hubo manifestaciones de las tendencias centrífugas también en la minoría húngara al Sur de Eslovaquia (5,5% de población).

La cuestión eslovaca era un poco diferente. Debido a la composición nacional de la república, sus creadores hicieron valer la concepción de la nación checoslovaca única que constaba de dos tribus ya que sólo una nación concebida así constituía la mayoría indispensable para constituir el estado. «El checoslovaquismo», opino yo, era una necesidad política y hasta cierto punto creaba también el espacio para la emancipación multifacética de la nación eslovaca que aún antes de la guerra estaba amenazada por la húngarización total. Una vez logrado un determinado grado de desarrollo, «el checoslovaquismo» pasó a ser, sin embargo, un obstáculo en el camino hacia la culminación de la autorrealización nacional eslovaca. Dicha realidad contribuyó al crecimiento del movimiento nacional eslovaco orientado políticamente que, no obstante, hasta 1939 no había recobrado carácter separatista. La creación del estado eslovaco en marzo de 1939 fue inspirada por Hitler. Pero es cierto que una parte de la población eslovaca se identificó con ese estado. La alianza con la Alemania nazi fue, sin embargo, el camino hacia la catástrofe. La solución fue la insurrección nacional eslovaca de 1944 que permitió a los eslovacos un regreso relativamente fácil en la República checoslovaca.

Aunque ésta había perdido sus territorios fronterizos -debido al Tratado de Munich- y sufrido un golpe duro por la ocupación de los países checos así como por el surgimiento del estado eslovaco que no era más que un satélite -el Sur de Eslovaquia y la Rusia Subcarpática fueron ocupados por la Hungría de Horthy- la resistencia exterior encabezada por el Presidente E. Benes logró, en el marco de la coalición antihitleriana, imponer la tesis de la continuidad jurídica de la República checoslovaca. Al lado de los ejércitos aliados lucharon los soldados checos y eslovacos y Checoslovaquia se incorporó a Naciones Aliadas.

El resultado de la Segunda Guerra mundial en realidad fue que en Europa Central se renovase el sistema de Versalles pero con una gran modificación. Trasladando a los alemanes y rectificando en muchos lugares las fronteras, las minorías nacionales desaparecieron prácticamente de este espacio. (Checoslovaquia cedió, por ejemplo, en 1945 a la Unión Soviética la Rusa Subcarpática). En el trágico

destino de la comunidad judía ya antes habían dejado su huella funesta los nazis. (Stalin, a su vez, resolvía los problemas étnicos con suficiente cantidad de vagones de ferrocarril).

En esta relación, hoy en día se discute frecuentemente la cuestión del «transfer» de los alemanes de los Sudetes y de los Cárpatos checoslovacos. Las primeras ideas sobre la deportación de los alemanes surgieron en el ambiente de los movimientos polaco y checo de resistencia como reacción a la política nazi de ocupación que sobre todo en Polonia tenía carácter de genocidio. La tesis del «transfer» como forma de un «castigo justo» más tarde fue abrazada por las representaciones en exilio que también iniciaron en este sentido las negociaciones con las potencias aliadas. El resultado fue la decisión de la Conferencia de Potsdam del verano de 1945 sobre el «transfer» de los alemanes de Polonia, Checoslovaquia y Hungría. Hay que subrayar, sin embargo, que aún antes de dicha resolución se habían producido, tanto en Polonia, como en Checoslovaquia, actos violentos y sangrientos contra la población alemana de dichos países<sup>12</sup>.

Lo que sigue siendo un problema pendiente es el derecho de las potencias victoriosas de aplicar el principio de culpa colectiva contra la etnia alemana y la medida de castigo correspondiente. La consecuencia duradera fue la interrupción violenta de aquel enfrentamiento e intercambio constantes de influencias entre alemanes, checos, eslovacos, húngaros y polacos en Europa central. Todos han perdido.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Europa central cayó bajo el control de Moscú y se convirtió gradualmente, con excepción de Austria y República Federal de Alemania, en una parte del bloque de poder soviético. Las ideas de Stalin de crear una federación centroeuropea o balcánica fracasaron después de la ruptura con Yugoslavia a fines de los años 40. Desde el punto de vista puramente militar, Europa central tenía el papel de barrera de defensa contra la Unión Soviética.

Después de la caída del sistema comunista, ante la mayoría de los países centroeuropeos está la cuestión de su orientación externa ulterior, incluyendo el problema de la relación con la Alemania unificada que está regresando enérgicamente a su zona tradicional económica y también política. El futuro de Checoslovaquia en la forma del año de 1918 por ahora es incierto. El colapso del régimen totalitario liberó, entre otras, la actividad nacionalista en Eslovaquia que en los años anteriores -a pesar de las proclamaciones formales sobre la igualdad de derechos de las naciones- estaba subordinada a la élite comunista de poder con sede en Praga. (Su composición nacional variable no importaba). Cierta sensación de falta de naturalidad de la nación, que evidentemente nace del proceso inacabado del movimiento nacional, da origen a la necesidad del estado propio. Los checos que se han identificado con la idea del estado checoslovaco se sienten en gran medida ante este desarrollo como en una emboscada. Las pérdidas serían otra vez bilaterales.

---

<sup>12</sup> Cesi a Nemci. Sborník/Bohemus, J. Fren, V. Kurel, Andreas, Munich, 1989.